

Sobre una opinión acerca de Ibero-américa

por *Vicente Huidobro.*

Nuestro amigo y compañero Vicente Huidobro, el gran poeta chileno, autor de tantos bellos libros como "Altazor", "Temblor de cielo", "Tres inmensas novelas", "La próxima", "Ver y palpar", "El ciudadano del olvido" y muchos otros no menos importantes, escritos unos en castellano y otros en francés, nos ha entregado con el grato timbre de la exclusividad en Chile, la contestación que formulara, a pedido del poeta colombiano Eduardo Carranza, a un artículo que Giovanni Papini, el difundido escritor florentino y que tiene relación con cosas y personas de Hispano América.

No sabemos si este artículo ha aparecido ya en la revista bogotana a cuya redacción fué enviado. En todo caso, cumplimos con misión de estudiosos y de hombres libremente interesados en las mejores expresiones del espíritu humano al darlo a conocer en las columnas que continúan esta nota.

Me pide Ud., amigo Carranza, que conteste un artículo de Papini sobre Ibero-América publicado en Colombia. En este artículo Papini se mostraría

muy pesimista respecto a la intelectualidad de este continente y afirmarí­a que el mundo moderno no debe nada a los ibero-am­ericanos. No conozco de ese artículo sino algunos fragmentos y en el fondo me parece justo. Es evidente que en nuestra América no hay grandes figuras universales ni en el Arte ni en la Ciencia ni en la Filosofía. Pero esto tiene una disculpa: somos un continente demasiado joven. Los paí­ses de América, como naciones constituidas, tienen apenas un poco más de un siglo, lo que dentro de la Historia vendría a equivaler a ocho o nueve años en la vida de un hombre. Realmente nuestros pueblos son demasiado jóvenes y aun no tienen raíces profundas en su nueva tierra. La línea cultural de las razas aborí­genes fué cortada de golpe por el invasor europeo y es imposible que pueda retomar su camino propio. Los árboles fueron arrancados a golpe de hacha y en la vieja selva se plantaron árboles de otras regiones que aún no se han aclimatado ni han echado largas raíces de Europa y aún no las tenemos tan hondas en América como para dar maravillosos frutos. Podría decirse que estamos entre dos continentes, aun vivimos sobre el mar. Por eso yo he dicho que somos una raza de argonautas. He aquí nuestro mito y nuestra esencia. Somos los nuevos argonautas. Hemos saltado de unas carabelas audaces a este velero que es Sudamérica y empezamos apenas nuestro viaje por la Historia.

Ahora bien, si hay entre nosotros algo nuevo, en la cultura y en el pensamiento general, si hay voces interesantes y profundas ellas provendrán de aquellos que sientan y revelen hondamente su estado de argonautas y seguramente no serán comprendidos por los hombres de tierra adentro, a menos que tengan los oídos muy finos y el alma muy abierta. Los hombres cubiertos por el polvo de los siglos difícilmente poseen condiciones de generosidad y buena voluntad para lo que no es esencialmente de ellos. De los nuestros comprenderán a los que más se parezcan a ellos, es decir los que menos se parezcan a nosotros, los menos argonautas. El hombre americano es un ser marítimo, cubierto de espumas, de sal y de rocío de olas, tanto como el europeo de polvo del pasado. Nuestro continente fué invadido por sus orillas y allí se fijaron los invasores. El interior sigue aun virgen y casi desconocido. Todas las grandes invasiones en el viejo continente fueron por adentro, se realizaron por el interior. Si se comprende bien este nuevo mito, de esta nueva raza de argonautas que se está formando en Sudamérica tal vez sería fácil de percibir el lenguaje distintivo que empieza a mostrarse en algunos seres por aquí y por allá, aun dispersos como lanzados al azar sobre estas vastas regiones. Desde luego un lenguaje con horror de todo lo que huele a artificio literario.

Hace unos treinta años se hablaba en los centros teosóficos del apareamiento de una sexta raza en el mundo y se fijaba su nacimiento en América especialmente en Chile y en California. Yo no soy teósofo. Recuerdo haber asistido en París a una conferencia teosófica porque me llamó la atención el temario al ver el nombre de mi paí­s como cuna de una nueva raza. ¿Por qué la llaman sexta? Otros hablan de sexta etapa de la civilización. Entienden que éstos se refieren al apareamiento de un sexto sentido. ¿Es ello posible? No creo en las profecías teosóficas, pero acaso esto pueda realizarse. Es posible que algunos hombres audaces se sintieron el pecho profético y previeron una realidad futura. Si esto fuera verdad, si América está creando un nuevo tipo humano ¿cómo puede reprochársele el que no aparezcan en ella los mismos signos culturales que tuvieron gran significado en otras épocas? No hay grandes pintores en América dice Papini. Pero cómo sabemos si la pintura será una expresión cultural eterna del hombre. Es posible que la pintura sea para el hombre futuro tan absurda como para nosotros las deformaciones del rostro, de la boca, las orejas, los labios de plato de las

negras de África, etc. Lo mismo puede decirse de la novela, de todos los géneros poéticos escritos y de la filosofía. ¿Es seguro que el hombre no puede salir de estos modos de expresión y crear otros distintos? ¿Es seguro que el hombre de mañana no encuentre todos esos modos de expresión demasiado ingenuos, infantiles, acaso animales?

La constatación de Papini quizás sea justa. No hay gran pintura en América, ni poesía escrita, es decir lo que se entendía por poesía, ni novela, ni teatro. Pero el reproche acaso sea injusto. ¿Sabe él si deberá haber pintura en el futuro? ¿Deberá haber novela, deberá haber teatro? ¿No son esas expresiones modos ya terminados, no son precisamente representativos del nombre pasado? En verdad el mundo moderno no debe nada a Ibero-América, pero tampoco le debe a Italia y ésta no tiene la disculpa de ser un país nuevo. Italia nos lleva más de mil años de ventaja y le lleva algunos siglos a casi todos los otros países de Europa. Del Renacimiento acá, ¿qué grandes figuras universales ha tenido Italia? Dígame Ud., amigo Carranza, ¿qué es mejor un país muerto o uno recién nacido? Dejando de lado exaltaciones patrióticas ¿quién había en Italia en los tiempos de Shakespeare de esa talla, quién de la talla de Marlowe, o de Ben Johnson, o de Ford, o de Cyril Turneur? ¿Quién de la talla de Cervantes? ¿Quién de la talla de Corneille, de Racine, de Molière? ¿Quién había en Italia en los tiempos de Goethe, de Chateaubriand, de Victor Hugo? La mediocridad del señor Manzoni. Acaso Leopardi cuyos débiles gemidos imitados de los románticos ingleses y alemanes quedan muy lejos de Novalis y de Hoelderlin, de Keats o de Shelley. ¿Quién había en Italia en los tiempos de Balzac y de Stendhal? ¿Quién en los tiempos de Tolstoy y Dostoiewski o de Ibsen y Strinberg? ¿Quién en los tiempos de Coleridge, de Dickens y en los tiempos de Meredith? ¿Quién en los tiempos de Baudelaire y de Rimbaud, de Mallarmé y Lautreamont? ¿Quién en los tiempos de Kant, de Schopenhauer y de Nietzsche? ¿Qué figura madre de la filosofía como Descartes o Spinoza? ¿Quién a la altura de Pascal? ¿Qué gran figura hubo en la ciencia italiana en los tiempos de Lavoisier, Lamarck, Claude Bernard o Pasteur? ¿Quién en los días de Bach, de Beethoven, de Wagner, de Moussorski, de Debussy o de Stravinsky? Nosotros no tenemos un Picasso. Es verdad. Pero Italia tampoco lo tiene. Ni un Braque, ni un Matisse, ni un Juan Gris, ni un Joan Miro, ni un André Masson. A medida que el ojo empieza a intelectualizarse y alejarse el artista del comentario directo de la naturaleza, las artes plásticas italianas fueron muriendo. En la época del impresionismo francés no hay nada en Italia que salga de la más crasa vulgaridad. Igual cosa en el período romántico de Delacroix y Gericault. Igual en los tiempos del Fauvismo, Puntillismo y Expresionismo. En Italia no hay nada que merezca la atención de los hombres. ¿Conoce alguien los escultores italianos del tiempo de Rodin y de Maillol o algún contemporáneo de Jaques Lipchitz, Henri Laurens o Arp o Brancusi? ¿Qué gran poeta en los últimos años ha tenido Italia de la importancia de Alfred Jarry, Apollinaire, Yeats, o aun de Rilke? ¿Quién a la altura de Walt Whitman o de Poe? Y seguramente en el tiempo de nuestro Rubén Darío no hay en Italia ningún poeta de su valor. ¿Qué alto espíritu de artista tan agudo y sembrador como Marcel Duchamps y André Breton podría citar Papini hoy día en su país? ¿Qué poeta a la altura de Paul Eluard o Hans Arp o Henri Michaux o Prévert o Daumal podría nombrar en Italia? Si hablamos de matemáticas o física ¿quién hay en Italia de la talla Gauss o Lorents o Einstein o Planck o Broglie o Rutherford o Milliken? Por algo el mundo ha apartado sus ojos de Italia. ¿Quién hay en el pensamiento moderno en esa hermosa península que tenga la importancia de Husserl o Dilthey o Scheler? Toda conciencia honrada tendría que respondernos nadie, absolutamente nadie.

Ahora que entramos en la era atómica ¿qué le debe el mundo a Italia? ¿A qué italiano podría dedicarse un capítulo en el libro sobre la nueva era? Apenas unas cuantas líneas a Enrico Fermi expulsado de Italia por judío como ayer fué quemado Galileo otro nieto de judíos conversos.

Es verdad, amigo Carranza, el mundo moderno no le debe nada a nuestra América pero tampoco a Italia. Si Ud. me pregunta si yo creo realmente en el apareamiento de un hombre nuevo en este continente, le responderé que creo en el apareamiento de un hombre nuevo en el mundo. No creo que la naturaleza tenga predilección especial por estas tierras. ¿Cuándo aparecerá ese hombre nuevo? Cuando el peso mínimo del cerebro del hombre sea de dos mil gramos. Esto me parece lo más probable, toda otra afirmación sería aventurada.

Antes de terminar quiero decirle otra cosa: Nosotros no somos latinos porque tampoco lo es España y tampoco lo eran los españoles que llegaron en las tres carabelas. España es típicamente anti-latina. Es un país mediterráneo de cultura general mediterránea lo que no es lo mismo. Hay los griegos, los fenicios, los egipcios, los árabes, los celtas, etc. etc. Y no olvide Ud. que América fué en realidad descubierta por los vikings y los normandos en el siglo séptimo y octavo, o sea novecientos años antes de los mediterráneos, y en un tiempo en que la navegación era harto más difícil.

Entre nosotros hay bien poca sangre latina. Muchas mezclas de sangre en la mayoría de nuestros países pero bien poca la dosis latina. Yo por ejemplo tengo sangre española, bretóna y normanda. Mi mujer aquí presente tiene sangre francesa, española, alemana y danesa; ni una gota de sangre latina. Y así la mayoría entre nosotros. Si es verdad que la tragedia y el humor, los dos extremos del sentimiento revelan la esencia de una raza, nada más diferente que el español y el italiano. El pathos italiano se caracteriza, según los alemanes, por la exhuberancia superficial, mientras el español es seco y terriblemente auténtico. El uno es blando, ágil, maleable, el otro duro, agresivo, desafiador. El humor sangriento del Quijote, o del Don Juan de Tirso o el tético de Francisco Santos no se comprende en Italia. En el teatro español el alarido empieza en García Lorca y ello es seguramente una influencia danunziana. No hay alaridos en el gran teatro clásico de Lope, ni en Calderón, ni en Tirso. El dolor es reflexivo, reconcentrado, señorial. Nunca es plebeyo ni aun en el plebeyo.

Hablan de un teatro italiano ¿Qué teatro? Algunos seguidores de las entretenciones de Bernard Shaw que tratan de llevar a la escena problemas filosóficos de peluqueras o una poesía dulzona para estudiantes trasnochados. Ningún valor auténtico. Nada comparable al "Ubu Roi" de Jarry ni al "Partage de Midi" de Claudel ni al teatro de John Synge no a la algarada americana "Hellzapoppin" ni a las primeras piezas de Maeterlinck, ni a las maravillas de Raymond Roussel, ni algunas de Anouilh o Giraudoux. Es el teatro más vulgar y primario que yo conozco. Muy inferior a Albert Camus, a Sartre y a Maurice Clavel.

Si Ud., amigo Carranza, formara hoy su biblioteca ¿qué autor italiano colocaría en ella que no hiciera el ridículo al lado de Proust o de Kafka o de Gide o de Malraux?

La angustia de Kierkegaard, de Chestov o de Unamuno, trasladada a una alma italiana resulta algo tan falso, tan forzado que produce un efecto cómico. La desesperación al alcance de los niños. Podría ser esto un gran mérito de una raza. En todo caso yo no lo digo como un ataque, sino como una simple constatación.

El pueblo italiano tiene muchas virtudes, pero ni sus virtudes dominantes, ni sus defectos son los del pueblo español. Yo soy partidario de una

fuerte inmigración italiana en nuestros países. He escrito sobre ello y no hay ninguna contradicción con lo que digo ahora, aunque no niegue que mis predilecciones intelectuales van a los nórdicos a partir de Francia y que los sórdicos nunca me hayan interesado mayormente. El pueblo italiano es laborioso, muy trabajador, amable, de una inteligencia ligera y tiene un gran sentido del agrado de la vida. Cuán lejos su sonrisa fácil del gesto taciturno o del ceño preocupado de otras razas.

Me parece absurdo atacar la inmigración italiana haciendo chistes y diciendo que nuestro ejército aprenderá a huir ante el enemigo, que nuestro pueblo aprenderá a escupir cadáveres de jefes que en vida llenó de flores, que crearíamos una raza superficial, de charladores huecos y demasiado cambiantes. Todos estos argumentos revelan sólo un partipris algo ingenuo y poco generoso. Yo creo que el italiano es tal vez el mejor emigrante del mundo. Es un hombre sano, de un cerebro liviano, simpático y espontáneo. Sin grandes problemas ni complicaciones. El quiere vivir simplemente y pudiendo vivir es un ser feliz. Es un hombre sencillo, no es peligroso, no es imperialista, es realmente pacífico y pacifista. Su aporte racial me parece excelente, sobre todo en estos momentos tan angustiados que vive la humanidad.

V. H.